



Cartas de un amor olvidado

NARRATIVA CASTELLANO 17-18 AÑOS

Sofía Santos Hermoso de Mendoza

1^{er} Premio

Jeffrey Mara era un nombre común y corriente que disfrutaba fumando valeriana en su pipa de arcilla (según él, se trataba de una actividad "más contemplativa y beneficiosa" que fumar cigarrillos). También escuchaba música en su viejo fonógrafo para rememorar su juventud, y leía el periódico acompañado de una buena taza de café y de su fiel amiga Ella, una gata calicó llamada así en honor de Ella Fitzgerald, su cantante favorita.

En los últimos años Jeffrey se había vuelto más irascible, pero no sabía realmente por qué (suponía que era algo intrínseco al llegar a la ancianidad). Por si fuera poco, también era más torpe de lo habitual, lo que empeoraba aún más su malhumor. De hecho, su apellido significaba "amargo" o "afligido" en hebreo, lo que iba en consonancia con su personalidad.

Afortunadamente, contaba diariamente con la asistencia de una mujer que le ayudaba en sus labores domésticas, Alexandra (¿o era Amelia?). Deben saber que al señor Mara siempre se le dieron muy mal los nombres, y era un hombre demasiado disperso como para centrarse en esas "pequeñas cosas".

Si bien ahora disfrutaba de una merecida jubilación después de dedicarse casi 50 años al mundo de los negocios, seguía teniendo una vida muy estructurada. Todas las mañanas se despertaba a las seis, desayunaba lo que se le había preparado y salía a dar un paseo de una hora, tal como le había recomendado su médico. Al retornar a casa, un periódico le esperaba sobre la mesa de mimbre del porche, así como un boli con el que realizar los crucigramas de su interior. Sin embargo, siempre terminaba acariciando a Ella, quien dormitaba a su lado con el primer sol de la mañana.

El señor Mara daba gran importancia al ejercicio, tanto al físico como al mental, así que seguía esta rutina religiosamente cada día del año. Contrariamente a lo que podría pensarse, esta monotonía





era precisamente lo que mantenía la vida de Jeffrey en completo equilibrio, y él estaba encantado con ello. Habiendo sido muy meticuloso y pragmático desde niño, cualquier alteración en su rutina le provocaba gran rechazo y agitación. Y créanme, no querían verle irritado.

Aquel día, Jeffrey se había despertado de especial buen humor.

–“Alexandra” –le gritó desde la puerta –“Voy a salir a pasear.”

–“Muy bien, te espero aquí. Y llévate un abrigo, hoy hace mucho frío” –replicó ella.

Alexandra llevaba cuidando del señor Mara desde tiempos inmemoriales, y era increíblemente paciente con él. De hecho, muchas otras hubieran abandonado el primer día si hubieran sufrido una décima parte del tosco carácter de Jeffrey. Pero ella seguía a su lado, ayudándolo en cualquier cosa que necesitara, y eso teniendo en cuenta que ya tenía una edad avanzada.

Después de su paseo matutino, el señor Mara se sentó en el banco del porche con su periódico. Extendió su brazo como todos los días, esperando palpar el sedoso pelaje de su compañera felina, pero nunca lo encontró: Ella no estaba allí.

Jeffrey comenzó a alterarse. No era el cambio en su rutina lo que le preocupaba, sino la ausencia de su fiel amiga. Se levantó de golpe y entró a la casa. Comenzó a revolver entre los cojines, a hurgar entre los armarios, a buscar detrás del sofá (el escondite por excelencia de la felina), pero sin ningún éxito. Optó por examinar cautelosamente cada habitación, y justo cuando se iba a dar por vencido, recordó que había un cuarto en el que todavía no había entrado: el desván.

Era un lugar al que el señor Mara había ido pocas veces desde que se mudó a esa casa años atrás. Sólo lo usaba para guardar trastos, así que pensó que era un lugar idóneo, lleno de recovecos donde Ella pudiera haberse escondido. El hombre subió los peldaños con dificultad, pues sus rodillas no respondían con la agilidad de antaño. Sin embargo, la preocupación por encontrar a su mejor amiga hizo que completara su misión con determinación.





Al abrir la puerta del desván se levantó una gran neblina de polvo, y un fuerte olor a antigüedad le envolvió. La habitación estaba sumida en gran oscuridad, a excepción de una brecha de luz que tímidamente se colaba por una agrietada ventana. Había cachivaches por todos lados que llevaban años esperando ver a alguien entrar por aquella puerta. Empezó a remover las pesadas cajas mientras chasqueaba la lengua, esperando escuchar la respuesta de su gata. Y así fue: de repente se escuchó un maullido seguido de la aparición de un peludo cuerpo que comenzó a ronronear. "Menudo susto me has dado...", suspiró Jeffrey aliviado mientras abrazaba a la minina.

Cogió a la gata en brazos y justo cuando se disponía a pasar por el marco de la puerta, vio que algo le bloqueaba el camino. Se trataba de una de las cajas de madera que había movido antes, que le había llamado la atención por estar envuelta con especial cuidado en una tela de raso. Jeffrey no era un hombre especialmente curioso, pero en ese momento, como si algo le llamara desde dentro de la caja, decidió abrirla.

El contenido de su interior no era el típico que esperarías encontrar olvidado en un desván, como herramientas, ropa desaliñada o libros viejos; más bien era algo que preservarías con mucho cuidado. Estoy hablando de cartas, cartas de amor, de esas que uno atesoraría con inmenso cariño y no dejaría en un desván llenándose de polvo.

Aún con las piernas temblorosas, se sentó en una carcomida silla de madera y comenzó a examinar el hallazgo. Las cartas estaban cuidadosamente guardadas y ordenadas según la fecha, datando de los años 1950 a 1954. La letra de los sobres parecía obra de una mujer, cosa que Jeffrey pudo confirmar al leer el nombre de la remitente: "Alice Cohen".

El señor Mara nunca había conocido a ninguna Alice, o al menos, no lo recordaba. Intrigado, decidió sacar la carta más antigua de su envoltorio, con fecha del 14 de enero de 1950. La carta, que aún desprendía un suave perfume, decía así:





Estimado Jeffrey,

En este día especial, me complace enviarle mis mejores deseos por su 18 cumpleaños. Espero que este nuevo año de vida le traiga muchas bendiciones y éxitos en todos sus proyectos.

Madre me ha dicho que pronto comenzará a trabajar en la empresa de su padre. Es maravilloso ver cómo aquel niño con quien jugaba cuando era pequeña ha crecido y se ha convertido en un joven caballero tan talentoso e inteligente. No tengo duda de que tiene un futuro brillante por delante.

Le mando un fuerte abrazo y mis mejores deseos.

Atentamente,

Alice Cohen

¿Cartas a su nombre? ¡Imposible! No recordaba haberlas recibido ni respondido; tal vez alguien se hizo pasar por él en sus contestaciones. Cuanto más avanzaban las cartas en el tiempo, más progresaba también la confianza entre la remitente y el destinatario: los "estimados" se convirtieron en "queridos", para culminar refiriéndose a Jeffrey con un "mi amado".

Para mi amado J,

Estaba esperando tu contestación con ansias. Este tiempo separados se me está haciendo demasiado duro. Sólo deseo que regreses para comenzar con los preparativos de la boda. Espero que este sea el último mensaje que te envíe, pues eso significaría que ya estaremos compartiendo nuestro nuevo hogar en el N° 2 de Primrose Lane.

Te añoro enormemente.





*Con gran cariño,
Tu Alice.*

P.D.: Estoy deseando volver a bailar contigo al ritmo de las canciones de nuestra querida Ella Fitzgerald.

Durante las semanas siguientes, el señor Mara subía de cuando en cuando al desván y releía las decenas de cartas una y otra vez, mientras su amor por Alice crecía con cada una de ellas. Sentía que era una vieja amiga, aunque él nunca hubiera llegado a conocerla. Se enamoró de sus palabras, escritas de su puño y letra con una preciosa tinta azul.

Sin embargo, mil y una preguntas rondaban la mente del señor Mara: ¿Dónde estaría Alice ahora? ¿Cómo luciría? ¿Seguiría viva? Fue ahí cuando decidió terminar con su monótona vida al proponerse una nueva tarea: encontrar a su amada Alice.

Parecía un cometido un tanto complicado, pero sólo podía comenzar a buscarla por la dirección que Alice había mencionado en una de sus últimas cartas: el número 2 de Primrose Lane. "Primrose Lane... Conozco esa calle", pensó.

–"Alexandra, voy a tomar el aire. No me esperes" –le dijo mientras se ponía su abrigo.

–"Está bien, pero ven para la hora de cenar. Y no te vayas muy lejos" –se despidió ella.

El señor Mara comenzó a andar y andar sin un rumbo concreto, como si de un nómada se tratara. Se guiaba por intuición, era como si ya se supiera el camino. No obstante, le parecía no avanzar lo suficiente, e incluso estar andando en círculos: la oscuridad de la noche le despistaba. Estaba muy emocionado y nervioso, como un niño pequeño, pero esos sentimientos también le ofuscaban la mente. Después de una larga caminata (su doctor estaría encantado con cuánto anduvo aquella tarde), encontró su objetivo: el número 2 de Primrose Lane.





Era una casa de tamaño imponente, con un jardín enmarcado entre setos y arbustos perfectamente podados y un porche con una mecedora. Parecía un lugar acogedor, casi familiar. Dio un paso atrás y observó la puerta, imaginando todos los escenarios posibles que podrían suceder después de golpear la aldaba: quizá su amada la abriera, o tal vez fuera recibido por uno de sus hijos si ella hubiera fallecido tiempo atrás. Pero era demasiado tarde para echarse atrás, así que se llenó de valor y golpeó la puerta.

Sólo se escuchaba el corazón acelerado de Jeffrey, palpitando a gran velocidad. De repente, éste fue silenciado por el sonido de unos pasos al otro lado de la puerta, seguidos de una voz madura de mujer.

–“¿Quién es?” –dijo todavía sin abrir la puerta.

–“¡Jeffrey Mara!” –respondió él, con el corazón en el pecho.

Entonces, la puerta se abrió. “¿Jeffrey? ¿Qué pasa? Estaba preocupada, has tardado mucho en volver”. El señor Mara estaba desconcertado: la mujer que le había abierto la puerta era Alexandra. De hecho, el lugar al que Jeffrey había llegado, el número 2 de Primrose Lane, era en realidad su casa, la misma que había abandonado un par de horas atrás en su expedición para encontrar al amor de su vida.

Ella, al ver el rostro temeroso de Jeffrey, le cogió de la mano y lo sentó en el balancín del porche, mientras él la acompañaba sin decir nada. Entonces, Alexandra vio las cartas que Jeffrey agarraba con fuerza en su mano y lo entendió todo. El señor Mara la miró a los ojos, casi llorosos.

–“¿Alice?” –preguntó él.

–“¡Te has acordado! ¡Oh, Dios, me recuerdas!” –exclamó ella mientras se lanzaba a sus brazos.

El doctor del señor Mara había recomendado a Alice expresar cada pequeño momento de lucidez, y eso hizo. Ambos se sentaron en el banco bajo el porche, con Ella ronroneando en el regazo de





Jeffrey mientras conversaban, casi tal y como hacían antaño mediante sus cartas. Se dijeron lo mucho que se querían, lo mucho que se necesitaban; lloraron, rieron, y se abrazaron durante un largo rato. Alice llevaba los últimos 10 años viendo cómo su marido se olvidaba lentamente de ella, de su nombre y de todo lo que habían compartido: sabía que ese efímero instante de claridad era posiblemente el último. Le abrazó fuertemente, y lo dejó ir.

–“Alexandra, ¿por qué lloras?”

–“No es nada Jeffrey, estoy bien. Simplemente te quiero”.

–“Lo siento, pero yo quiero a otra persona. Se llama Alice, y es el amor de mi vida.”

En ese mismo instante, Alice se percató de que aunque Jeffrey no supiera que su amada había estado a su lado durante todo este tiempo, el amor que ambos sentían era verdadero. Porque, ¿qué mayor muestra de amor hay que enamorarse de nuevo de la misma persona una y otra vez? Y ni siquiera el olvido podría terminar con ello.

Dedicado a todas las Alice del mundo.

